

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS
FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

La cuestión de lo bello.

TESIS para optar el Grado de Doctor

AUTOR

Aleandrino Maguiña

LIMA – PERÚ 1894

Resumen .	1
La cuestión de lo bello . .	3

Resumen

La investigación de la naturaleza de lo bello y de sus principios fundamentales, es propia de la filosofía. Cuando se intenta descubrir la naturaleza de lo bello, es necesario examinar las dos fases que presentan el problema: La faz objetiva, que consiste en saber qué es lo bello considerado en sí mismo.

La cuestión de lo bello

Señor decano, señores catedráticos;¹

Señores:²

La investigación de la naturaleza de lo bello y de sus principios fundamentales, es propia de la filosofía. Debe constituir, á juicio M. Ravaisson, la parte mas elevada de las ciencias filosóficas y suministrar la clave de os misterios que el Universo encierra.

Tan alta concepción de la estética ó ciencia de lo bello, envuelve implícitamente la afirmación de la posibilidad y necesidad que hay de inquirir la esencia de la belleza, existente en le fondo del mismo ser. "Lo bello contiene el secreto del mundo". (I)³ Hay que buscarlo, y hallado que sea, los esplendores de su luz divina harán clarísima la verdad, real y positivo el bien, fecunda y universal la ley del amor.

Se ha dicho que "lo bello se siente pero no se define". Esta formula parte de una separación arbitraria entre las facultades del alma, hace de lo bello el objeto propio y exclusivo del sentimiento y le declara indefinible por naturaleza, tendiendo así un manto de la oscuridad sobe una parte considerable de los fenómenos del alma y del mundo externo.

¹ Caja 79 (183/227) Inicio del folio 124

² Inicio de folio 125 ídem. Pág. 3

³ (I) M. Ravaisson.--- la filosofía francesa del siglo XIX

El alma es una y aparece en sus variadas manifestaciones íntegramente, con todos sus atributos esenciales, con todo su ser. Los diversos fenómenos y facultades correspondientes que nosotros distinguimos, son otras tantas revelaciones de su actividad sustancial, diferentes tan solo en cuanto a los modos como ella se manifiesta en obra, pero idénticas, sin duda, en lo fundamental. ¿No ha llegado a vislumbrarse ya la transición gradual que hay del instinto a la inteligencia? ¿No existiría también esa gradación en las demás manifestaciones del yo? ¿No ha de existir en todos los actos del espíritu, el espíritu mismo en su esencia?

La pluralidad es una demostración viviente de que la unidad existe en el centro mismo, en el fondo invisible de las cosas. Esa unidad que constituye la realidad suprema, lo visible que siempre aparece múltiple y variable; ha de estar interno, en lo invisible, que muestra la luz de la conciencia, siempre uno e inmutable.

Esta bien que para llegar al conocimiento de la verdad, analicemos, distingamos y hagamos clasificaciones. Todo esto se justifica en vista de la limitación de nuestro ser que necesita de la ciencia humana: ¿Cómo había el hombre de abarcar en una sola mirada la inmensa variedad de los fenómenos aprisionar con un solo golpe de vista el quid supremo de las existencias?..... Necesita ir a tientas, grado por grado, para abordar la verdad completa: y al proceder así, se despliega en múltiples poderes, constituyéndose consciente o inconsciente no son dos principios opuestos; es lo más probable que el primero sea un grado ínfimamente pequeño del segundo, como es evidente que el grado es infinitamente grande o sea la conciencia absoluta. Análogamente: la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad no son actividades distintas; en los fenómenos de cualquiera de ellas está el alma por entero, se halla tal como es sintiendo, conociendo y queriendo al mismo tiempo. No es posible concebir el sentimiento como puro sentimiento, ni el conocimiento ⁴ como puro conocimiento, ni la voluntad como voluntad. En todo acto del espíritu humano hay siempre algo voluntario, de inteligente y de sensible, a la vez, lo que equivale a decir que hay todo lo que constituye su esencia.

El alma, en virtud de su limitación, y en la necesidad de desplegar su actividad finita, en armonía con el medio que lo rodea y con arreglo a las existencias de su propio ser, emprende gran lucha de la vida, ganando el poder y en perfección cuando verifica esa armonía, y perdiendo su vigor, desviándose de su fin, cuando rompe el acuerdo universal. Todo en la naturaleza se corresponde, todo está sabiamente relacionado y ordenado; a través de tanta variedad, en el seno íntimo de la pluralidad que se difunde hasta lo infinito, está la unidad, y en la unidad está la realidad. A cada orden de fenómenos y de relaciones, a cada categoría de seres, corresponde un modo de actividad del alma; y es la naturaleza de ese orden de fenómenos y de relaciones, es la naturaleza de esa categoría de seres, lo que hace su modo diferencial, como es también ese modo de actividad del alma lo que forma la diferenciación de sus facultades y operaciones. De ahí que, en un punto de vista inferior, aparezcan, fuera de nosotros, como categorías distintas, la Verdad, el Bien y la Belleza; y dentro de nosotros, como actividades diferentes, la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad. Pero en un punto de vista superior, fuera de nosotros, la verdad, el bien y la belleza se reduce a una sola entidad y dentro de

⁴ Inicio del folio 126 ídem. Pág. 5

nosotros, las que consideramos facultades distintas, se refunden en un a sola actividad. Y en un punto de vista mas elevado aun, en le termino supremo de las cosas, percibimos que lo externo y lo interno, lo objetivo y lo subjetivo deben identificarse en el ser por excelencia, en el ser de los seres, en la realidad infinita, que difunde y ordena la vida en el sin numero de mundos que llenan el espacio sin fin.

Si todo fenómeno del alma tiene algo sensible, de inteligente y de voluntario, aunque en grados diferentes y predominando, por, lo general, alguno de los tres caracteres enunciados, en el fenómeno estético resalta mas todavía esa concomitancia de las diversas facultades que atribuimos al yo. No es cierto que el sentimiento estético sea el primer hecho interno que se realiza en presencia de la belleza, ni mucho menos que sea el único. En realidad; todas las manifestaciones del alma revelan la totalidad de sus atributos, se distinguen por el predominio que alcanza alguno o algunos de ellos, y forma una cadena no interrumpida de fenómenos regidos por la ley de continuidad. Mirada desde un punto de vista analítico podemos establecer distinciones y prelaciones en los diversos elementos que presenta la actividad espiritual, y así no cabe la duda que es el sentimiento lo que predomina y caracteriza la emoción estética, que al fenómeno sensible precede un acto de la inteligencia, un juicio que suministra el conocimiento del objeto bello y de los caracteres que le hacen tal, y que al fenómeno sensible se sigue un acto de voluntad, un acto de amor. Pero mirada la emoción estética desde un punto de vista sintético, ella es un acto indivisible del espíritu, como lo es en si otro cato cualquiera; y, por consiguiente, es, a la vez sentimiento, conocimiento y voluntad.

El acto estético es el acto primordial del espíritu; es le acto mas conforme a su naturaleza esencial, porque lo revela integramente y es su unidad; es el acto sintético por excelencia; es el acto primitivo del yo. Y debe ser también se acto final, es decir, el que realizara alguna vez el espíritu humano, cuando haya alcanzado se fin. Solo hay una diferencia entre el acto sintético inicial y el acto sintético final; el primero es confuso, vago, indeterminado; el segundo debe ser clarísimo, concreto, determinado. La actividad espiritual principia por una tesis formal y definida. El análisis solo cabe en medio de esos dos extremos, teniendo por base al primero y por y por fin al segundo, y sirviendo de procedimiento auxiliar para formar síntesis de mas en mas elevada que tiendan a realizar aquella síntesis final, que debe responder a la perfección de nuestro se. Por eso es que las grandes síntesis, en cuanto tienen de real y verdadero, pasan a ser en cierto modo, el patrimonio de ka humanidad, que se alas asimila y consagra como el objeto de sus mas intimas convicciones y de sus garbees aspiraciones. Por eso es que el arte y la ciencia marchan unidos: a las nuevas conquistas de la ciencia responden ⁵ siempre nuevos ideales y nuevas manifestaciones del arte. Por eso es también que a la luz de nuevos criterios más extensos y amplios, no solo se ensancha el dominio de la verdad, sino también, y muchísimo, el dominio de la belleza. Cuando la ciencia ha terminado la labor del análisis, necesita hacer una síntesis, y para verificarla ha de menester del concurso de todos los poderes de alma; tiene necesitar de hacer que le espíritu ponga en juego todo lo bello; necesita fin, del consorcio del arte que, en el termino, debe identificarse con, la ciencia, como aparecen identificados también en la infancia de la humanidad.

⁵ Inicio de Folio 127 ídem. Pág. 7

Pensemos a la luz de la razón en lo que debe ser el hombre desde que comienza a vivir y en todas las evoluciones porque atraviesa hasta darse conciencia de si misma; pensemos también, guiados por la misma luz, e la marcha que la humanidad ha seguido a través de las diferentes edades de su historia, y veremos que esta rápida ojeada de observación confirmada cuanto llevo expresado.

La formación del individuo, o sea su concepción puede considerarse como la función íntima de dos actividades que se integran recíprocamente. Constituida así la entidad individual, comienza su desarrollo en presencia de otras fuerzas que deben reglarlo. Ha pasado el periodo de la gestación: nace el hombre, pasa de un medio a otro distinto; se esfuerza, su actividad choca fuerzas extrañas, con actividades distintas; a es choque se sigue naturalmente en acuerdo de los elementos internos con el medio exterior, y acuerdo constituye la primera síntesis del espíritu, y esa síntesis es cato de amor y ese amor no es simple sentimiento sino que envuelve también, unidos a el indisolublemente, algún conocimiento y cierta voluntad. Es el alma vibrando en armonía con el universo. Es el acorde, lleno de encanto, que se revela por la placida sonrisa del niño. Mas el acuerdo no persiste mucho tiempo: a medida que le hombre se desarrolla, encuentra nuevos elementos exteriores, nuevas actividades con las cuales se produce un choque, el que suscita primeramente una operación de distinción, de descomposición, de análisis; y después, una operación de síntesis, de composición y de unificación, siguiéndose así indefinidamente esta evolución, hasta que realice el hombre su fin y goce para siempre de la posición de un equilibrio estable y permanente. Entretanto su ley es la evolución que lo es también del mundo externo, y su labor principal consiste en realizar el equilibrio y la armonía, dentro y fuera de si. Hay una acción y reacción constantes entre lo interno y lo extenso, entre el hombre y le medio que le circunda. Uno y otro tiene sus modos de actividad y deben ponerse en relación de manera que exista una perfecta correspondencia, que puede faltar en un momento dado en virtud de la libertad que constituye el principio interno de cuanto existe." Todo sucede, dentro y fuera de nosotros, como si se tratase de consonancias o de disonancias musicales..... Todo, en fin de cuenta es música, música exterior y virtual del cosmos música interna y realizada del "microcosmos humano".(1) ⁶ Pues bien, la armonía reconocida y sentida con amor por el individuo en el acto sintético de que es capaz, es, objetivamente, la belleza, y subjetivamente, la emoción de lo bello o emoción estética, fenómeno complejo en que interviene toda la actividad del alma, acto propio y primordial del yo, acto purísimo de amor, que debe constituir la felicidad ideal y que también proporciona en la vida cierta suma de dicha que sostiene y estimula la existencia.

La humanidad se organiza y se desenvuelve siguiendo un proceso análogo al individuo, por vía de síntesis y de análisis sucesivos y bajo el impulso de la ley del amor. Principia con la familia que es un germen y tiende a convertirse en una familia que abrace la universidad de los individuos y de los pueblos. Así se pasa sucesivamente del clan al vicus, del vicus a la tribu; y después de estas formas imperfectas y rudimentarias de la sociedad, aparece la ciudad, el estado, y, en fin, la sociedad de los estados que es la síntesis mas elevada posible sobre la tierra. En edades posteriores, se sucederán, si duda, las sociedades de los mundos entres si, y en el termino de los seres en torno del

⁶ (1) Griveau. Elementos de lo bello p.386 y 387

creador. La información de estas diversas unidades sintéticas va precedida de un procedimiento analítico⁷ que por divisiones y subdivisiones llega a descubrir nuevas profundidades desconocidas un misterio, en cada misterio nuevas analogías que permiten verificar la unificación de la variedad mediante la posición de un principio sintético.⁸ ¿Y cual es el factor de un modo constante opera esa evolución gradual de universidades cada vez más altas y comprensivas? Es el amor, el acoto sintético por excelencia de los espíritus, que se difunde por todos los corazones estrechados y abrazándolos en un solo impulso, en una aspiración idéntica y bajo un pensamiento común. Pero el amor propio del espíritu, el amor puro y verdadero es le amor de lo bello, y el principio de es amor esta en la belleza, que es eminentemente socializadora, como la ha manifestado un gran estético contemporáneo, M. Guyau, en su obra "Del arte desde el punto de vista sociológico". Para Guyau la emoción estética, la más completa y elevada, es una emoción de carácter social, y el arte conservado toda su independencia, se encuentra ligado, por su esencia misma, a la verdadera religión, a la metafísica y a la moral.(I)⁹

Así pues, en la esfera de lo objetivo, el fondo constante y supremo de cuanto existe es la belleza; y en la esfera de lo subjetivo, el principio real y viviente de los múltiples fenómenos que se sucede sin fin, es el amor de lo bello, es la emoción estética. Precisamente por ese carácter trascendental que revisten la belleza y el fenómeno que origina en el alma, la estética ofrece tanta importancia y amplitud, y, al mismo tiempo, serias dificultades, como cuando se trata de comprender en una definición todos los elementos constituidos y caracteres esenciales de lo bello. Pero esas dificultades no son de todo insuperables y "si la estética es una ciencia joven aun, ese es un defecto que el tiempo corrige" (2)¹⁰. la noción de lo bello aún no ha salido de su faz inconsciente ; pero el conocimiento humano se haya sujeto a la ley del evolución que estados inconscientes conduce a estados de más en mas conscientes y razonados y esa marcha natural del evolución que vemos cumplirse en otros órdenes de ideas y de conocimientos permite esperar la estética una faz radiante en la que lo bello levantado sus velos místicos descubrir a la desnudez con la que los diletante se espantan y que es vestido de toda verdad ".(1)^{11 0} Por otra parte no se trata de formular una definición final y acabada de la belleza, pues así no son definibles ni la verdad ni el bien ni cuantas cosas se definen. La ciencia no puede dar la última palabra en ninguna materia y su labor se limita a descubrir un principio sintético que domine y explique los fenómenos que muestra la experiencia; el principio que hoy baste para la explicación de las cosas, es verdadero por eso mismo, pero resultará deficiente cuando el análisis acumule nuevos hechos, el entonces habrá

⁷ Inicio del folio 128 ídem. Pág. 9

⁸

⁹ (I) Fouillée—Introd. al arte desde el punto de vista sociológico

¹⁰ (2) Griveau O. C.

^{11 0} (1)Id. id. Pág. 10

que remontarse en pos de otro principio superior. No se trata, pues, de abarcar la verdad completa, sino la parte de ella que este ha nuestro alcance como; y, en tal sentido, lo bello es definible como es cuanto cae bajo el dominio de la ciencia.

LO BELLO DESDE EL PUNTO DE VISTA SUBJETIVO

Cuando se intenta descubrir la naturaleza de lo bello, es necesario examinar las dos fases representa el problema: la faz subjetiva, el fenómeno que producen en el alma, o sea la emoción estética; y la faz objetiva, que consiste en saber qué es lo bello considerado en sí mismo.

Respecto del fenómeno subjetivo, lo primero que debe hacerse notar en su universalidad en el tiempo y del espacio. El hombre prehistórico y el hombre histórico; el de las edades más remotas y el de los tiempos contemporáneos; el salvaje y civilizado; el niño, el joven y el anciano; la mujer como en varón; el habitante de los climas templados; fríos o calurosos; todos y en cualquier lugar del globo, atestiguan de modos diversos, que han sentido alguna vez la emoción de lo bello. Ahí están los monumentos artísticos de todas las edades y de todos los lugares ^{12 1}; ahí está la poesía, tan antigua como el hombre; ahí están los usos de los adornos hasta los salvajes; ahí están, a nuestra vista, las inclinaciones espontáneas de los niños a todo lo recreativo; ahí está, finalmente, la simpatía universal, expresada de maneras diferentes en ocasiones diversas, formas muchas veces en cuanto a su objeto, discordante, otras, más o menos intensa, más o menos elevada o profunda, más o menos variada pero existentes siempre en el fondo de todas las armas, y evolucionando, perfeccionándose, extendiéndose, y adquiriendo cada vez una trascendencia siempre creciente.

Tal vez si llevando nuestra mirada a los seres vivientes que componen las especies inferiores al hombre, hallaríamos indicios suficientes para sospechar, al menos, que también se agita en ellos el principio viviente que los anima, con las gratas complacencias del goce estético. ¿Como no sospecharlo, si miramos con ojo atento y escudriñaron, las manifestaciones de alegría, y los derroche de entusiasmo que saben expresar, a su modo, los seres de la escala animal en presencia de algunos de los objetos y de las escenas que conmueven vuestras almas y arrebatan nuestra campesina? ¿No será ese regocijo de igual naturaleza en el hombre en los animales, aunque en grado diferente?.....(1) ^{13 2} Más todavía, tal vez si el fenómeno estético es propio también de los vegetales y aún de los seres que se llaman inanimados; tal vez, si la vida de los poetas dan a la naturaleza no es un simple recurso artístico, una mera ficción de la fantasía; tal vez, si el genio, arrastrado por incisión misteriosa, a sorprendido, bajo las apariencias de la inmovilidad y de la inercia, infinitos raudales de animación, de movimiento y de vida; tal vez, si no engañamos y decimos la verdad cuando hablamos del lenguaje de las flores, de los amores, de los astros y de otros sentimientos análogos a los nuestros que atribuimos a todos los seres de la naturaleza. Y ¿como no pensarlo así, cuando la diversidad infinita que nos presenta la apariencia de los fenómenos, se reduce

^{12 1} Inicio del folio 129 ídem. Pág. 11

^{13 2} (1) Darwin cree que el animal tiene el instinto de lo bello.--- el darwinismo por Hartmann.

en el fondo a la unidad viviente y espiritual de un solo principio se manifiesta en individualidades revestidas de formas diferentes y sujetas a desarrollarse bajo condiciones diversas?

Pero no vayamos tan lejos, y contrayéndonos a lo que pasa en el seno de la humanidad, veamos cuál es el rasgo esencial de la emoción estética y el carácter general que reviste en todas sus manifestaciones, por diferentes que ellas sean.

Es un hecho comprobado por la observación y la historia que la emoción estética se varía no sólo con los objetos sino también con los individuos, y en un mismo individuo, según diferentes causas y circunstancias. Pero, en medio de esta variedad y de la complejidad que envuelve, se descubre un carácter común consiste en el vínculo más o menos espiritual desestabilización sujeto y objeto. La emoción estética es, por tanto, un acto de amor, de aquel amor propio de ser espiritual y que se halla ligado el cumplimiento de la condición universal necesario de su existencia, cuál es la libertad en su acción de desarrollo, ampliamente ejecutados y bajo un plan sintético que a la palpable la unidad es esencia. Ese acto como cualquier otro, se haya sujeto a un evolución de la faz inconsciente a la faz consciente, o mejor, al evolución indefinida a través de los múltiples grados de la conciencia, desde el infinitamente pequeña hasta el infinitamente grande. En todo ser espiritual aparece sin duda con el mismo, en grado más o menos consciente, y reaparece en el curso de la existencia, determinándose mejor, siendo cada vez más consciente, y evolucionando con libertad hacia su cabal integración y perfeccionamiento. Más, ese acto primordial espiritual no permanece siempre uno y sintético; en razón de multiplicidad de los fenómenos del universo, por la imposibilidad de abarcar en todos ellos la unidad de principio en los producen, por la imposibilidad de contemplar ésa unidad en todo su esplendor y poderío, el espíritu despliega su actividad en variadas direcciones, y del amor contigo inició su existencia sucede otros modos acción, que le encamina a fines parciales tan numerosos, son los que ofrecen el mundo externo y el interno. Así es como se constituye el alma en sensibilidad, inteligencia y voluntad; así es como ahí diversidad de amores que son a modo de emanaciones ^{14 3} del amor primero y que desarrollándose con más o menos independencia, aparecen como otras tantas tendencias particulares el espíritu, susceptibles también de un evolución indefinida, en cuyo término volverá a refundirse esa inmensa variedad de actos y operaciones psicológicos en unidad estética es su acto fundamental. ¹⁵

El amor estético es el amor perfecto, o al menos se aproxima a la perfección, porque es la consagración total de espíritu al espíritu al reconocerse mutuamente en lo que tienen de real, de positivo y de más elevado, en lo que se constituye su esencia absoluta e inmutable. Hay en ese acto primordial del yo, el concurso armónico de todas sus facultades, y aquí estriba principalmente la diferencia entre el y los demás actos del ser espiritual, entre ese amor y el amor distinguimos en el alma.

Para Kant, Schiller, Spencer y otros, la emoción estética es el resultado del juego libre y armónico de las facultades del espíritu. Enunciada en estos términos generales, la

^{14 3} Inicio del folio 130 ídem Pág. 13

¹⁵

teoría del juego es aceptable y se haya en conformidad con los conceptos que hasta aquí llevo expresados. La emoción estética envuelve un goce, y el goce como tal no puede existir sino cuando hay armonía en el ser que lo siente. Pero no basta la armonía interna; es necesario que a ella corresponda la armonía externa; en el fenómeno estético ahí no solamente un juego subjetivo sino también un juego positivo; y más que éstos, un juego de lo objetivo con lo subjetivo; un secreto acuerdo, una misteriosa unión entre uno y otro; una aprehensión profunda entre los dos términos componen existencia, pálido reflejo de aquella unión soberana que debe existir en el seno de la unidad del ser absoluto. Así pues, la teoría del juego, cuando quiere reducir lo bello aún fenómeno sensitiva del alma, es incompleta porque la considera en una de sus fases solamente. Hay además en esa teoría otra cosa que observar respecto el carácter desinteresado que se atribuye al goce de lo bello: se pretende hacer consistir la emoción estética en algo superfluo, un derroche de la actividad espiritual desplegando sin objeto alguno, en un verdadero juego que excluye todo lo grave y lo serio. Hay en esto una exageración, desde luego, porque toda actividad va dirigida siempre a un fin, y el amor de lo bello tiene por fin hacemos gozar, y este fin es de una significación muy elevada, pues goce, bien entendido, debe hallarse vinculado con la realización cabal del destino de un ser, o al menos, con la posesión del poder que sirve para alcanzarlo.

El amor de lo bello no es absolutamente desinteresado, porque como todo amor establece una relación; relación conocida, sentida y querida, buscada y solicitada en mira del propio bienestar o del bienestar de otro. Hay, pues, en el placer de lo bello, cierto interés, pero un interés de carácter elevado y trascendental: de sus formas embrionarias puede aparecer casi confundido con el placer de lo útil; más, a medida que el hombre se perfecciona, el acto estético va desprendiéndose de todo interés particular y egoísta para acercarse a la pureza que es propia de su esencia. La emoción estética excluye todo interés que tiende a un fin particular y pasajero, en tal sentido puede y debe decirse que desinteresada, pero no puede hallarse desprovista de toda especie de interés, como lo pretenden algunos estéticos; hay interés trascendental, diferente de aquel que guía los otros goces de la vida.

El amor de lo bello es el primero entre todos los amores y el más elevado, porque responde, o al menos tiende a responder a la perfección del ser espiritual. Cuando el hombre contempla la belleza de una obra estética maestra, ya sea debida a la naturaleza o al arte, no puede menos que sentir realizada su personalidad y ostentando la plenitud de su albedrío. El acto estético hace brillar el poder de la propia libertad y la estimula a desplegar armónicamente todas las energías del espíritu, que ve con gozo inefable la virtualidad de perfecciones de que es capaz y admira con entusiasmo no solo esas perfecciones de que es capaz, y admira con entusiasmo no solo estas perfecciones realizadas, sino también el espectáculo de la maldad cuando es el fruto de la acción de una fuerza extraordinaria, de una libertad desarrollada poderosamente y que todo lo arrastra, lo avasalla y lo vence, sin reconocer otra ley que la misma libertad. ¡Misterio grandioso y lleno de poesía, que no ese explica sino por la simpatía que nace espontánea cuando se verifica una especie de intuición de lo absoluto que se impone a nuestra contemplación de todo se poder en ocasiones solemne de la vida! Si: en algunos casos, porque hay una afinidad enérgica que ¹⁶ ⁴ se realiza entre los seres, entre lo

subjetivo y lo objetivo, despertando y estimulando nuestra actividad. Pero esta también es nuestro poder provocar esa intuición, suscitar el goce de lo bello; y tal cosa se consigue realizando y concurriendo a la armonía universal, aplicando toda la energía que nos vivifica a la purificación y al perfeccionamiento de nuestros goces, al mejor cultivo de la educación estética que debe ser un elemento impensable de toda buena educación.

Si la emoción de lo bello es un acto sintético del espíritu, si es el resumen de todos los poderes del alma, debe comprender también la facultad de crear, o sea la de realizar lo bello. El análisis del fenómeno estético nos muestra no solamente un juicio y un sentimiento de gozo, sino también la tendencia irresistible a la revelación exterior de ese juicio y de ese gozo. Como dice Chaignet, la expresión es el momento final de la emoción estética; susceptible de más o menos intensidad, de más o menos brillo, de más o menos perfección, se le encuentra siempre en el fenómeno de lo bello, y es la causa primordial del arte. La contemplación silenciosa de la belleza es poco frecuente, y aun entonces hay una expresión en esa especie de arrobamiento místico que se apodera del alma. En la generalidad de los casos existe una expresión más o menos perceptible de la admiración que causa la presencia de lo bello; tal es la que se revela en la fisonomía, en la actitud y los movimientos del cuerpo, en las exclamaciones de entusiasmo que se lanzan al impulso de idénticas impresiones. En un grado superior, la expresión es algo estético; es la tendencia a imitar, a reproducir el objeto bello. Y en grado más alto aun, es la inspiración, es la creación de una belleza ideal. No todos son capaces de elevarse hasta este punto, ni siquiera al de la simple imitación. Muchas cosas requieren, para su cabal ejecución, cierto privilegio que solo pertenece al genio; pero no obstante, es forzoso admitir que existe en todos la tendencia a imitar y a crear los objetos bellos. Cumplir y llenar esa tendencia con perfección es propio únicamente del genio: sentirá solamente o llenarla en alguna forma, sin las perfecciones del genio, es propio de todo espíritu capaz de lo bello. Por eso el arte aparece con la humanidad, es universal a todos los tiempos y lugares, y lejos de agotarse, crece, se perfecciona y adquiere mayor influjo en la vida de los individuos y de los pueblos, todo hombre es un poeta, dice Chaignet, porque la poesía es el arte por excelencia. Todo hombre es un artista en algún grado y de alguna manera, pues así se desprende del carácter creador y de la trascendencia inherente al acto estético.

LO BELLO DESDE EL PUNTO DE VISTA OBJETIVO

Siendo la emoción estética un acto de amor, lo bello es en general, lo que origina el amor. La cuestión se reduce, por consiguiente, a investigar aquello que es amable por su esencia; y tal es la gracia, que debe considerarse no solamente como una especie de la belleza, sino como la belleza misma.

El amor, acto esencial del espíritu, no puede existir sino como relación de armonía entre dos seres que tienen idéntica naturaleza, o que al menos la ofrecen así a la fantasía. Por lo tanto el hombre ama su propio ser en los demás seres, y los atributos de su personalidad no son o nos parecen ser los atributos de todo objeto amado.

Ahora bien ¿Cuál es la esencia del hombre, lo que constituye su naturaleza íntima?... Como dice Ravaisson, la idea general de fuerza es insuficiente para explicar el principio

^{16 4} Inicio de Folio 131 ídem. Pág. 15

del ser. En ella no encontramos sino un equivalente lógico de ciertos fenómenos materiales. Es necesario reconocer con Leibnitz que la fuerza, para expresar algo positivo y real, distinto de lo material de los fenómenos o del movimiento, debe comprender la idea de tendencia hacia un fin, y como debe comprender la de voluntad. (1)^{17 5} Pero la voluntad que constituye el fondo real y viviente del^{18 6} espíritu es la voluntad libre, es la libertad que preside las evoluciones de los seres, y hacia la cual marcha constantemente el universo entero. La libertad, dice Fichte, es el punto de unión de la idealidad y de la realidad. Este pensamiento, es también el pensamiento de Kant y de Schiller, encierra una verdad profunda y de gran valor, toda filosofía. Lo ideal y lo real. Hay unión íntima e indisoluble entre uno y otro término. Lo real es la manifestación viviente de lo ideal que va realizándose por grados, y punto de unión se halla en la libertad que se encuentra en todas partes y es el principio mismo de cuanto existe.”La fatalidad en este mundo, las cosas, y haciendo abstracción del accidente, no es sino la apariencia; la espontaneidad, la libertad es lo verdadero. Lejos de que todo se realiza por un mecanismo grosero o por un puro acaso, todo sucede en virtud del desenvolvimiento de una tendencia a la perfección, al bien, a la belleza, que es como un resorte interior que impulsa las cosas hacia el infinito. En lugar de sufrir un destino ciego, todo obedece y obedece de buen grado, a una Divina Providencia”. (1)^{19 7} Ahora bien, encontramos en la realidad actual la existencia del error, del mal y de la fealdad; mas, por encima de esa realidad concebimos un ideal de perfección que reúna en sí toda la verdad, toda la bondad y toda la belleza. El principio de la realidad con las imperfecciones que presenta, y el principio de la idealidad con la perfección infinita que le es propia, es la libertad, que lleva en su naturaleza la virtualidad de conducir hacia lo perfecto, y que en los seres finitos puede desviarse causando así lo malo y lo feo que nos rodea. Así pues, la libertad es el principio de lo ideal y de lo real, es el punto de unión de la realidad y de la idealidad, es la causa de cuanto existe en la esfera de lo real o de lo posible.

Avanzando algo más en la reflexión que debe darnos cuenta de nuestro propio ser, se ve que las voluntades, a su turno, no se explican completamente por sí solas y que deben tener un principio, uno de la cual no sean sino manifestaciones parciales, como lo decía Malebranche. (1)^{20 8} ¿Cuál es esa causa?... Es, en definitiva, el amor. Efectivamente la libertad envuelve la idea de una actividad viviente que tiende espontáneamente hacia un fin. Cuando esa tendencia se opera el alma se llena de gozo, de un verdadero encanto, porque ha realizado su acto fundamental, el amor, que lleva en sí la fuente más rica y pura del placer. De manera que el amor es el acto propio de la libertad, o sea del ser libre, es el acto de la voluntad en toda su pureza, y es al mismo tiempo la ley interior que la rige y la estimula, porque la libertad es la voluntad es

^{17 5} Ravaisson O.C. Pág. 16

^{18 6} Inicio del folio 132 Pág. 17

^{19 7} Ravaisson O.C. ibid.

^{20 8} Ravaisson O. C. Pág. 18

tendencia, y la tendencia de los espíritus es amor. Una actividad arbitraria diaria solamente el caos y le desconcierto; pero la libertad tiende en su desarrollo al perfeccionamiento, a la armonía, al ritmo, y tal cosa no es posible sino por el amor, que es como el resorte íntimo y misterioso de la actividad libre.

Examinada la naturaleza humana encontramos, pues, que su esencia íntima es la libertad y que su acto primordial es el amor. Ahora bien, como no podemos amar sino lo que es semejante a nosotros mismos, en cuanto al principio de la existencia y el acto en que ella se revela, o, al menos, lo que demuestre apariencias de una y otra cosa, resulta que lo bello, es decir, cuanto es objeto del amor, debe contener un principio de libertad que se manifieste con amor, o cuando menos, debe mostrarnos la ilusión que así sucede. Chaignet, fiel discípulo de Descartes, mantiene el dualismo de la materia y del espíritu, del mecanismo y de la libertad; y, en conformidad a estos principios, sostiene que el amor no puede dirigirse sino al hombre, y que si amamos los objetos de la naturaleza y del arte, es solamente porque colocamos en ellos nuestra propia actividad, y nos complacemos en vivificar la materia dándole el poder de expresar una entidad oculta, invisible, una fuerza espiritual, análoga a nuestra alma. Por eso es que para Chaignet no hay más belleza que la ideal, elaborada por ²¹ la imaginación, para recrearse, para darse el placer del juego, para satisfacer un sentimiento de perfección que bien dirigido y contenido en sus límites, responde a una aspiración legítima del hombre, pero lleva el peligro de convertirse en vanidad y orgullo. Por eso es también que niega la belleza de dios, la belleza moral y la belleza natural, no viendo en todas estas cosas más que la belleza del hombre, representada y expresada de diversos modos, según los caprichos de la fantasía.

Ravaisson, que trata de conciliar las diferentes teorías filosóficas, tomando como punto de partida el sistema de Leibnitz, rechaza el dualismo de la materia y del espíritu, encuentra en el fondo de todo ser, en el fondo de la materia misma, el espíritu, y, en el fondo del espíritu, la libertad y el amor. Para él la belleza deja de ser un principio subjetivo, como lo es para Chaignet, adquiere un valor eminentemente objetivo, y constituye la categoría más elevada del ser.

Más, cualquiera que sea la opinión que se abrace acerca de la constitución del universo, y cualquiera que sea el carácter que se conceda a lo bello, ya se le considere como un hecho es que no podemos concebir la belleza sino como la expresión de la libertad y del amor, o simplemente, como la expresión del amor.

Al hacer el análisis de los elementos que componen lo bello, se llega generalmente a reducirlos a dos, que son el poder y el orden, o con más exactitud, la libertad y el ritmo. Lo bello no existe sino donde hay vida, donde hay movimiento, o, por lo menos, donde hay algo que revele al espíritu la idea de la vida y del movimiento ejecutándose con ritmo y libertad. "Si una figura en reposo produce la emoción estética, es porque el reposo mismo es considerado la continuación del movimiento, (1) ²² es porque el espíritu, penetrando las intimidades del ser, descubre, bajo las apariencias exteriores de la

²¹ 9 Inicio de folio 133 Pág. 19

²² 0 (1) Voituren, La ciencia de lo bello Ibíd.

inmortalidad, un poder que se desenvuelve con facilidad y ritmo que lo corresponde. Pero el principio del ritmo. Efectivamente; el ritmo es el orden en el movimiento; mas, el orden, que resulta del ejercicio de la libertad conforme a una ley, no debe ahogar la libertad, sino realizara. Es necesario que el ser libre quiera libremente la ley, como una parte constitutiva de su esencia; es necesario que cese toda apariencia de finalidad exterior, y esta conciliación de la libertad con la ley, esta asimilación de lo interno con lo externo, es la obra exclusiva del amor.

Por tanto lo bello, puede definirse así; la actividad veiente que se manifiesto con el ritmo y la libertad propios de su naturaleza esencial, y que al obrar, de ese modo, despierta en el alma el ejercicio libre y rítmico de sus facultades, o mas sencillamente: es la actividad viviente que revela y suscita el amor. Teniéndose entendió que se trata del amor que hemos considerado como el acto propio del ser espiritual, y como un acto sintético y trascendental. Si, en definitiva, lo bello tiene su principio en el amor, ¿no se ocurre pensar en la semejanza que ofrecen, a la simple vista, las ideas de la belleza y de la gracia? Tal vez si como una observación mas detenida podamos llegar a percibir, no solamente la analogía, sino la identidad de esas dos ideas.

La palabra *gracia* ha recibido diversas significaciones, que no son todas del dominio de la estética, pues las hay que atañen únicamente a la moral y a la teología. Prescindiendo de esas ultimas, recorramos ligeramente aquellas que se relacionan con la idea de lo bello. Leon Dumont que se ha ocupado de analizar las diferentes aceptaciones de la gracia, dice que considerada esta palabra, desde el punto de vista etimológico, significa toda causa de placer, todo objeto de un sentimiento agradable, todo lo que inspira el amor, (charme on agrement.)^{23 1}

Si tomásemos la gracia en su aceptación etimológica, tendría un amplitud tan grande, que lo bello seria solamente una parte pequeñísima de un vasto dominio. El uso, las necesidades del lenguaje y de las ciencias han introducido restricciones mas o menos fundadas en le sentido primitivo de la palabra, resultando de allí otras tantas acepciones que pueden referirse a tres ideas dominantes, a tres tendencias^{24 2} diferentes: 1º La gracia es una especie de belleza; 2º lo gracioso es opuesto a lo bello; 3º la gracia es un elemento necesario de la belleza.

En la primera categoría se comprende la acepción de lindo o bonito, que generalmente se atribuye a lo gracioso; se comprende también la acepción de lo risible o de lo tomito, que se le da por algunos; se comprende, así mismo, la acepción que le fija Dumont afirmando que la gracia es la belleza sensible y plástica del movimiento; y se comprende, en fin la acepción dada por Hogarth, que hace consistir la gracia en la belleza de línea serpentinita.

En segunda categoría hay que considerar la opción de los que oponen lo gracioso a lo sublime y de los que, como Souriau, pretenden establecer una decisión, mas o menos profunda, entre la gracia y la belleza.

^{23 1} (1)L. Dumont. El sentimiento de lo gracioso Pág. 20

^{24 2} Inicio de folio 134 ídem Pág. 21

Finalmente, a la tercera categoría corresponde la aceptación e virtud de la cual la gracia es uno de los caracteres esenciales de todos los estéticos modernos y también varios filósofos de la antigüedad.

Si prescindimos de lo meramente accesorio e incidental que envuelven algunas de las acepciones mencionadas y tratamos de escudriñar las ideas fundamentales que todos han reconocido siempre comprendidas en la gracia, no será difícil llegar a una conclusión; y es, que la gracia, no solamente es un carácter universal de lo bello, sino el carácter total que comprende a todos los demás, y que, por tanto, es la belleza misma.

Dumont ha demostrado que la idea de gracia es inseparable de la de movimiento, y cita en su apoyo las opiniones de varios autores que expresan el mismo concepto. El movimiento, dice, es su única condición y al mismo tiempo, su única medida. Cuanto más susceptible de movimiento es un cuerpo tanto más susceptible es de gracia. Ahora bien, si tenemos en cuenta que la belleza supone fuerza y la fuerza se manifiesta por el movimiento; si pensamos en que el reposo no existe en ningún punto del universo y que todo se mueve, que todo vive y se desenvuelve, es forzoso concluir que la belleza es también inseparable de la idea del movimiento, y que la clasificación que se hace en belleza estática y belleza dinámica no es rigurosamente exacta.

De otro lado, los elementos constituidos de la gracia no son ni pueden ser otros que los mismo que componen la belleza, es decir la libertad y el ritmo; siendo, e consecuencia, su razón última y suprema, el amor.

La gracia, en los seres animados, es un efecto de la extrema libertad con la que las otras.....Sucede lo mismo con los objetos inanimados. Solo tienen gracia los que tienen elasticidad y aquellos cuyas partes no están fijamente adheridas unas a otras. (1)^{25 3}

El carácter esencial de la gracia es el movimiento y la vida. Los objetos capaces de movimiento son los únicos susceptibles de gracia, que puede también encontrarse en las figuras en reposo, en las que el reposo mismo es considerado como la continuación del movimiento. Pero el simple movimiento no basta para haya gracia; es preciso que sea sin esfuerzo, con facilidad, conforme al destino del ser. La gracia es, pues, la belleza que resulta de la facilidad y de la exactitud de los movimientos de un objeto. (2)^{26 4} Es la independencia de la fuerza en su modo de acción y en su poder y de su libertad. (3)^{27 5} Es la fuerza obrando con facilidad. Es la libertad de la fuerza o del alma, que se manifiesta por la delicadeza de las líneas, la flexibilidad de las formas y de facilidad de los movimientos. (4)^{28 6} Es la expresión de la libertad física y moral en el movimiento. (5)^{29 7}

^{25 3} (1) Dumont. Pag. 22

^{26 4} (2) Voituren ibid.

^{27 5} (3) Chaignet Ibid.

^{28 6} (4) Leveque Ibid.

^{29 7} (5) Saoriau Ibid.

Krause hace consistir la gracia en la sustantividad interior del ser, en la libertad interna que se despliega con la facilidad y abandono porque se reconoce y se siente dueña de si misma. Efectivamente, ese es el carácter esencial de la gracia en cualquiera parte donde se la observe. El niño es gracioso porque demuestra en sus movimientos y acciones^{30 8} con gran espontaneidad, en virtud de la cual pasa por encima de los lazos que han moderar mas tarde se actividad. Colocando en el dintel de la vida, no conoce aun las relaciones que le ligan con los demás seres, no sabe que hay leyes a que debe sujetar sus tendencias y sus gustos. Encuentra en si un poder libre y le dirige sin otra regla que su mismo poder. El panorama que se muestra a sus ojos le encanta, y ajeno a todo y aun al sentimiento de su propia debilidad, se encamina, alegre, risueño y lleno de amor, hacia los objetos que mas le cautivan, y pasa fácilmente de unos a otros, movido por el resorte interno de la libertad que así principia su acción, haciendo brotar de su seno raudales inefables de luz, de alegría, ternura, de simpatía y de candor. Pero la gracia del niño es incompleta, ella tiene como causa principal la inocencia que le oculta las leyes del mundo y que la hace buscar la armonía en todas partes, sin apercibirse de los lazos invisibles que la tienen sometida a las reglas de la medida, de la proporción y de la convivencia. Es también incompleta la gracia en el hombre que conociendo o debiendo conocer las leyes, las niega, las rechaza y las atropella, para obrar sin mas ley que su propia libertad y bajo el impulso de un amor, poderoso y sublime sin duda, pero que rompe la armonía universal y lleva en si un fondo eminentemente egoísta. Otra es la gracia verdadera, otra es la gracia completa y reside en el individuo, que penetrado de las leyes exteriores, establece libremente la armonía de ellas con su ley interna y recorre con tranquilidad y satisfacción intima la senda conforme con sus destino. Como opina Krause, la sustantividad interior, o sea la libertad no excluye la ley, no excluye las relaciones de subordinación y dependencia; antes bien requiere, para ser perfecta, que el objeto sea un todo, un organismo en le que la independencia intrínseca de las partes se halle armonizada con el encantamiento necesario que deben guardar entre si y con le todo.

Souriau trata de establecer una diferencia entre la belleza y la gracia, afirmando que “cuando mas regular es un movimiento, cuanto mas rigurosamente se adapta a su destino y es mas económico, tanto mas bello es; pero para producir la impresión de la gracia, es preciso que le ritmo no sea muy monótono, que la finalidad no sea muy aparente, que la economía no sea muy rigurosa”. Esta distinción parece un tanto arbitraria, porque lo cierto es que el ritmo es condición necesaria de la gracia así como lo es de la belleza. El ritmo es la ley universal del movimiento dice Herbert Spencer, y, en el fenómeno de lo bello se opera una intuición del ritmo que es propio del objeto, se establece una especie de movimiento rítmico, también, que aproxima y une misteriosamente al espíritu con le ser bello, por medio del amor, que borra esa contradicción aparente que existe e entre la libertad y le orden, y que convirtiéndose en ley interna del ser libre viene a ser y es la causa del ritmo, es decir, del orden con que desenvuelve su poder. Dice Souriau con mucha razón: “Los movimientos no tienen verdaderamente gracia sino cuando sentimos que su ritmo es voluntariamente aceptado, que se es libre de abandonarlo cuando se quiera y que deja un campo suficiente a la fantasía, como una regla indulgente a la que no se sirve completamente”...(1)^{31 9} Pero

^{30 8} Inicio del folio 135 Pág. 23

debe tenerse en cuenta que la gracia, si no es toda la belleza, es, al menos, uno de sus caracteres y el de mayor importancia, como lo establece la mayoría de los estéticos; y, en consecuencia, lo que Souriau afirma de la una debe afirmarse también de la otra.

No hay pues oposición alguna entre la belleza y la gracia. Ambas suponen el movimiento, y como condiciones necesarias del movimiento, la libertad y el ritmo, que comprenden los demás caracteres que generalmente se asignan a lo bello, la unidad completa y sustantiva, la variedad opuesta y proporcionada, la armonía orgánica y expresiva. Ambas contienen la fuente del amor y hacen gozar a nuestra alma con sus encantos inefables. Por lo tanto la gracia, no la gracia en el sentido de lo gracioso, sino en la acepción propia y científica de la palabra, es el resumen de todos los elementos que por el análisis se pueden descubrir en los objetos bellos.

Hasta ahora se había mirado la gracia como una especie inferior de la belleza. En adelante debemos considerarla como ^{32 0} la expresión de lo bello en toda su pureza, y la gracia en su acepción usual y corriente, como una manifestación parcial e incompleta de otra gracia superior que es la belleza suprema. Ravaisson expresa terminantemente ese concepto, y nada será más concluyente que transcribir aquí sus propias palabras, en apoyo de la tesis que sustenta.

En su obra sobre la filosofía francesa del siglo XIX después de haber manifestado que la belleza debe expresar la voluntad, se propone inquirir si esta no tiene, a su vez, una causa, principio, y dice: "¿Cuál es esa causa? Justamente aquello que, según el sentir universal, la belleza expresa mejor y hace nacer también. En efecto, aunque existan teorías que eliminan de lo bello toda idea de agrado por temor de rebajarlo a la esfera de lo agradable, puramente material y sensible, ¿no es un carácter manifiesto de toda cosa bella el agradarnos, y agradarnos con una secreta magia, que, según expresiones tan justas como usadas, nos fascina, nos encanta? Ese encanto se halla principalmente en lo que se llama la gracia; y la gracia que va hasta el fondo del alma, más allá de la región, exterior aun de la inteligencia, y que emociona al corazón, ¿no parece que fuera algo que procede, no de la materia insensible, ni de la grandeza, ni de la forma que la ordena, sino del mismo corazón y como del fondo del alma?... Posteriormente ha ratificado y precisado mejor estas ideas en un artículo que parece publicado el año de 1893 en la revista de metafísica y moral. "Observemos aun, para concluir, dice ahí, que en los dos grados de la perfección moral se vuelve a encontrar los dos momentos en cuya relación estuvo fundada antiguamente, y en la cual siempre se apoyara probablemente la metafísica: la potencia que en la realidad de las cosas, es ya tendencia, disposición, movimiento; y la acción a la cual se encamina. Debe entenderse la disposición como la pureza, el honor, y la acción como la piedad, la bondad. Y del mismo modo que en metafísica, siendo en todo caso lo primero aquello que es mejor, la acción que es la fuente y la causa de la pureza o de la belleza, es la bondad. Para ser capaz del sacrificio es que el corazón debe primeramente ser puro. Se podría decir análogamente, si se tratase de estética: la belleza suprema es la gracia, que

^{31 9} (1) Souriau O. C. *Ibíd.* Pág. 24

^{32 0} Inicio de folio 136 *ídem.* Pág. 25

es propia del movimiento, y que es en su abandono, la expresión y como la figura sensible del amor. Y es para que la gracia sea posible que se necesitan previamente las proporciones armónicas en que consiste propiamente la belleza”.

Conforme a los anteriores conceptos, parece que no es erróneo afirmar que la unidad, la variedad, la armonía, la proporción, la convivencia, no constituyen jamás la belleza integra. Esos caracteres podrán formar el cuadro, el esqueleto de lo bello, pero no lo bello mismo, lo bello en su grado supremo, es decir, lo bello en su totalidad, lo verdaderamente bello. Para que este aparezca en su integridad y en todo su esplendor se requiere algo más; la libertad y el amor que son el alma de aquel cuadro inerte, la vida que anima aquel esqueleto y comunica fuerza expresiva a las proporciones armónicas, que, por si solas, nada significan ni pueden suscitar en el alma la emoción estética.

La esencia de lo bello consiste pues en la gracia integra, acabada y perfecta, reside en Dios y se identifica con la bondad, porque como dice Ravaisson, ser bueno en el sentido supremo de la palabra amar, y el principio y la razón definitiva de lo bello es el amor.^{33 1} Parcial, incompleta e imperfecta, mas o menos debilitada y oscurecida, se revela en diferentes grados en los seres finitos, y se distingue real y positivamente del bien, porque la libertad puede encaminarse al mal, y, si al desplegarse manifiesta una fuerza extraordinaria que rompe las leyes de su ejercicio natural dándose otras leyes distintas, nacidas de su albedrío, y subordinándose a ellas con amor, en ese espectáculo del mal algo bello que arrebatara nuestra admiración. Pero superior a esa belleza es, sin duda, la que expresa la libertad realizando el bien, luchando poderosamente para alcanzarlo, y demostrando que es capaz de un amor inmenso, sin reserva alguna, y dispuesto al sacrificio. El amor que se revela por la benevolencia, por el desprendimiento personal y la preferencia consagración al bienestar del ser amado, aun a costa de los sacrificios^{34 2} más grandes, es el más elevado de los amores; y ahí donde se manifiesta con ese carácter, la gracia es también más alta, la belleza es más perfecta. Por eso nada hay más bello que Dios, y ninguna gracia es superior a la divina pues que la religión y el arte nos muestra al ser absoluto como el poder supremo, como la sabiduría infinita, y como el amor por excelencia.

Lo sublime, que es el grado superior de lo bello, se reduce también a la gracia, porque lo sublime es la revelación de infinito, que debe poseer una libertad infinita y ser capaz de un amor infinito también.”Lo sublime no es solamente, como se dice con frecuencia, lo que confina con lo terrible. Lo sublime es lo que sobrepasa a todo límite. Pero lo que causa horror es algo extraño y por consiguiente, limitado, separado. Es infinito, como dice el libro de la sabiduría, lo que por su pureza penetra, ocupa y lo llena todo. Las voluntades particulares, amenazantes para con las demás, son limitadas; luego nada puede, verdadera y absolutamente sobrepasar cualquier límite sino aquello que no conoce obstáculo ni resistencia, la inmensidad del amor. Por esta razón es que hay algo superior que principia en el budismo y acaba en el evangelio, es lo sublime de la dulzura y de la paz, lo sublime del sacrificio;” es lo sublime de la caridad..... (1)^{35 3}

^{33 1} (1) Ravaisson O. C. *Ibíd.* Pág. 26

^{34 2} Inicio de folio 137 *ídem.* Pag. 27

“Refiriendo lo que pudiéramos llamar las principales de la naturaleza divina y humana, es decir, a la triplicidad de la potencia, de la inteligencia y del amor, ¿no se podría decir que lo sublime de lo terrible responde a la potencia, causa grandeza; lo bello propiamente dicho, a la inteligencia, causa orden; y que el amor responde lo sublime superior y propiamente sobrenatural, que constituye la belleza mas excelente y verdaderamente divina, la belleza de la gracia y de la ternura?”^{36 4}(2)

CONCLUSIÓN ^{37 5}

Lo bello es la libertad que obra con ritmo, es la expresión del amor, es la gracia, en fin. Tal es el resumen de este trabajo, que someto a vuestra consideración, cumpliendo con una precisión reglamentaria. Si he podido, aproximadamente siquiera, hacer la interpretación del pensamiento de Ravaisson, citado tantas veces y que me ha inspirado un gran parte de las ideas que he emitido, podré decir también con él: “lo bello contiene el secreto del mundo.” Si; porque radica en el fondo mismo del ser y debe consistir el termino supremo de la evolución constante del universo. En ese termino que la mente concibe y el corazón adora, habrá adquirido todo ser su belleza propia, y podrá también el espíritu humano percibir en un acto simple e indivisible, en una síntesis luminosa y llena de amor, el universo que hoy le oculta no pocas de sus maravillas que atesora. Entonces se abrazaran todas las existencias en un solo abrazo íntimo y amoroso, resonara el ritmo por doquier mostrado la libertad con todo su poderío, vendrá al reinado definitivo de la gracia, y se realizara, tal vez, el sueño de un arte universal.

Si la belleza es una, y a ella tienden las bellezas particulares; si el amor que suscita es un acto escénicamente sintético que debe responder a la unidad de lo bello; si el arte, en fin, debe revelar ante todo la belleza y expresar el amor, es evidente que la evolución de las artes particulares, que no traducen toda la belleza, sino tan solo sus manifestaciones parciales y los diversos momentos de su desarrollo, debe concluir también por la creación de un arte único, de un arte universal que sea la expresión perfecta y total de lo bello; y ese arte será tal vez el que resulte de la asociación armónica de la poesía y de la música, como lo han sostenido Wagner y otros varios.

Pero ese arte será esencialmente realista, porque en la realidad tomara toda la belleza posible y nada más que en la realidad. Por consiguiente el realismo no va equivocado en sus legítimas tendencias: la conciencia universal le presta espontánea simpatía y le alienta en su carrera. La humanidad ha cortado el vuelo de sus ideales, por que sabe que no es posible realizar de súbito todo el ideal, el ideal absoluto, porque comprende que es forzoso atender a las condiciones de la realidad, apreciándola como es y en la medida que sea posible someterla al esfuerzo humano, en cada momento de su historia.

La misión del arte actual es realizar el ideal ajustándolo a las exigencias de lo real,

^{35 3} Ravaisson O. C. *Ibíd.*

^{36 4} *Id.*

^{37 5} Inicio de folio 138 *ídem* Pág. 29

estableciendo la armonía entre lo ideal y lo real, estableciendo la armonía entre ambos elementos; y el poder de la armonía entre lo ideal y lo real es tan grande que dentro de ella cabe también lo feo, por que nada hay que sea feo en lo absoluto, nada que sea absolutamente refractario a la divina luz de la belleza y del bien. La razón del ser de la fealdad en el arte reside la necesidad de ajustar el ideal artístico al ideal absoluto que lejos de destruir lo real, lo levanta, lo realza y lo embelece. La belleza perfecta no se encuentra en las condiciones actuales de la existencia sino de n manera excepcional: esta muy lejos aun y hacia ella marcha el universo como termino de su evolución. Lo bello existe hoy al lado de lo feo. El arte del provenir tendrá su ideal en le seno mismo de la realidad, identificado con esta. El arte en la vida presente no puede abrazar ese ideal purísimo y el perfecto: su ideal no puede ser único y permanente; su ideal es variado, va evolucionando. En cada momento de esa evolución se acerca sin duda, la ideal absoluto; pero mientras se halle distante de el, debe encarnarse en la realidad, sin truncaarla, sin destruirla como se destruiría separando lo feo de ella existe. Por eso es que, a medida que el arte se ensancha, adquiere mayor importancia el elemento de lo feo, y lejos de desdeñarse se le busca y se le incorpora con lo bello. No obstante, es forzoso que esta incorporación tenga por fin primordial la realización de la belleza, porque solo ella es capaz de inspirar el amor que constituye el fondo de la emoción estética.

El ^{38 6} arte es la manifestación más elevada del espíritu, porque revela su acto esencial que es el amor. La evolución del arte es la evolucion del espíritu mismo, porque nos muestra la serie progresiva de las síntesis formadas ya por la humanidad y prepara las nuevas vías de su futuro desarrollo. El arte amplia sus horizontales, saca a lucir nuevos tesoros, inventa nuevas galas, gusta de recorrer, paso a paso, detalle por detalle, los mundos que se destacan ante su mirada vasta y penetradora, pero luego se remonta con vuelo de águila y ríos gigantes hasta las alturas celestes donde mora su trono excelso, y, desde allí, corona cada eslabón de su obra con un soplo de luz y de recónditos del universo, enviándole un ósculo de amor y de bendición y tendiendo sobre él aquella mística y tenue vestidura de celeste gasta que Elena dejara suspendida entre cielos y tierra.(1) ^{39 7}

Lima, 20 de agosto de 1894.

Alejoandriño Maguiña

V. ° B. °----ALZAMORA.

^{38 6} Inicio del folio 139 ídem. Pág. 31

^{39 7} Goethe.-----"Fausto"(El 2°)